

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 12 de octubre de 2011

Texto de referencia: *El sentido religioso*, capítulo décimo, Encuentro, Madrid 2008, pp. 145-157. «Vivir siempre intensamente la realidad», *Huellas*, n° 9 (2011).

- *Le stoppie aride*
- *Il mio volto*

Gloria

«Hazme caminar en el ser». Pidamos que éste sea el camino de este año.

La Jornada de apertura de curso, como hemos visto, es una propuesta a la razón y a la libertad de cada uno de nosotros para responder a la urgencia de la vida. Pero esta propuesta sólo se puede entender en la experiencia, y por eso debemos permanecer atentos a esta indicación decisiva que don Giussani nos daba siempre: la realidad se hace transparente en la experiencia. Por tanto, la verdad de la propuesta no se alcanza en los pensamientos y en las intenciones sino verificándola en la experiencia. Cada uno es llamado, es desafiado a verificar la propuesta en la realidad, en la vida, de modo que su verdad pueda presentarse ante nuestros ojos. En caso contrario, todo quedará en palabras, y creeremos que hemos entendido. Pero no se comprende qué es el amor leyendo libros sobre el amor. ¡Se comprende si se tiene experiencia de él! Por eso el trabajo que hacemos aquí no puede sustituir esta experiencia. Nuestros encuentros son para acompañarnos unos a otros en la verificación de una experiencia presente, confirmada por la experiencia misma. Estamos juntos para testimoniarnos el trabajo que hemos hecho, de modo que podamos ayudarnos unos a otros, porque el trabajo que uno hace es un bien para todos, lo que uno descubre es un bien para todos, la gracia que uno recibe es un bien para todos. Estamos juntos para contarnos hechos que nos ayuden a comprender la verdad de la propuesta. Esta relación entre el trabajo personal y la verificación común es decisiva para que cada uno pueda ser ayudado, sostenido y acompañado en la experiencia que estamos haciendo.

Empiezo de cero, es decir, desde que nos recordaste en la Jornada de apertura de curso la frase de don Giussani en la que decía que no tratamos las cosas presentes como presencia, desde el ejemplo de la hoja en adelante. Esto es verdad, y es verdad también que cuando –por el contrario– hago un trabajo, voy hasta el fondo de las cosas y llego hasta reconocerle a Él, cuando llego hasta ahí, cambia todo, porque es cierto que se mueve el afecto y se produce de nuevo esa unidad. Pero esto sucede una vez al milenio, y sin embargo todo me reclama a hacer este trabajo, que yo no hago nunca hasta que no me veo obligado por la realidad. Me he asustado porque me he dicho: “pero yo, ¿dónde vivo?”. Si trato todas las cosas “normalmente” y no llego nunca hasta su verdad, hasta verle a Él, ¿en qué realidad vivo todo el día? Después de la Jornada de apertura me di cuenta de que esta distracción es espantosa, hasta el punto de no darme

cuenta ni siquiera de la dimensión del problema que don Giussani me ha vuelto a plantear.

Lo que dices es un trabajo que normalmente no hacemos nunca, y esto pone de manifiesto hasta qué punto estamos acostumbrados, como decíamos en la Jornada de apertura citando a don Giussani, a un uso débil de la razón. Y como consecuencia de este uso débil de la razón, nos damos cuenta de que sigue habiendo una fractura entre el reconocimiento y la afectividad. Es importante que sigamos de verdad a don Giussani, porque pensamos con mucha facilidad que existen cuestiones más decisivas; ¡pero él insiste en que ésta es la verdadera cuestión! ¿Estamos dispuestos a seguirle o no? Porque habitualmente no lo hacemos. ¿Cuántas veces hemos leído en nuestra vida *El sentido religioso* o el capítulo décimo? Y, ¿cuántas hemos seguido lo que dice? Por eso es importante que desde el principio abandonemos el «esto ya me lo sé». Debemos ser conscientes de que, de hecho, no podemos dar esto por sabido. Y no podemos hacerlo porque no comprendemos hasta el fondo las palabras, no lo sabemos porque nunca lo hemos verificado en la vida como dice él. Muchos de vosotros me decís o me escribís: «Yo no hago nunca este trabajo». Parece poca cosa reconocer esto, pero es el paso primero y más decisivo. Porque la consecuencia –como decía la persona que acaba de intervenir– es: «Yo no vivo en la realidad». Vivir sin seguir el camino propuesto por don Giussani no es vivir la realidad, porque no llego a alcanzar nunca la realidad por lo que es verdaderamente. Entonces podemos ocuparnos de muchas cosas, pero lo que domina es la distracción, y lo más grave es que no nos damos cuenta de ello. Y pensamos que siempre hay algo más interesante que hacer, más decisivo; luego podemos incluso llenarnos la boca de «Giussani, Giussani, Giussani», ¡pero a Giussani no lo seguimos ni en pintura, porque en este punto pasamos de él! Como me escribe un amigo: «Me doy cuenta de que lo que has dicho en la Jornada de apertura de curso es decisivo para mi vida, necesito que me corrijas en este trabajo. Estar presente en el presente, poder vibrar con toda mi persona ante las cosas presentes es lo que más deseo, es lo que más necesito, porque me doy cuenta de que para mí se vuelve insoportable vivir con los pacientes, con mi familia, con mi novia, con los amigos, esperando mi satisfacción del instante siguiente al presente, es decir, es insoportable vivir como si el presente no existiera, como si lo que tengo ante mis ojos no pudiera ser interesante para mi vida [por eso deseamos siempre que termine el instante presente y que llegue el siguiente: ¡es insoportable!]. Y me doy cuenta sin embargo de que el asombro ante el ser y ante las cosas del que tú hablas, en el que has dicho que debemos reeducarnos, yo lo reduzco en el 99% de las veces a un asombro sentimental, a una reacción que como tal no depende de mí y que fluctúa según mi sensibilidad y mi estado de ánimo. Me doy cuenta también de que esta atención al ser, a la realidad, no puede ser fruto de un pensamiento mío o de una intención mía, aunque sea buena y justa; más aún, lo puede ser, pero no dura, porque me canso enseguida de mi esfuerzo, porque en vez de hacer la vida más intensa la hace más pesada. Es inmediato, es fácil reconocer la diferencia entre alguien que está asombrado y alguien que piensa que debería asombrarse». Entonces, el primer indicio de lo decisivo que es el recorrido que nos invita hacer don Giussani es que, si no lo hago, la vida resulta insoportable.

A pesar de haber leído muchas veces estas palabras, no estoy segura de haber comprendido exactamente la experiencia que nos indica don Giussani. Querría comprender mejor cuándo es un verdadero acto de la razón el reconocimiento de esta presencia inexorable y cuándo es solamente un impacto sentimental.

Ésta es la segunda cuestión importante de lo que estamos diciendo. La diferencia fundamental es que un impacto sentimental nos deja fluctuantes, es decir, permanecemos en nuestro estado de ánimo agitado, como si verdaderamente no hubiese nada a lo que apegarnos. Por eso me gusta el ejemplo de la piedra arrastrada por el torrente. Alguien que es arrastrado por el torrente, ¿cómo puede saber si es sólo un momento sentimental o si aferra verdaderamente algún trozo de la realidad? Lo sabe si deja de fluctuar, si tiene algo a lo que adherirse. Sin esto, yo sigo viviendo dependiendo del estado de ánimo; puede cambiar en un momento, pero al instante siguiente se halla de nuevo a merced de la fluctuación. Me doy cuenta verdaderamente de que estoy usando la razón de forma adecuada por el cambio que introduce en mí. Y esto se ve cuando mi persona se ve aferrada completamente por lo que tengo delante. Por eso no encuentro otra fórmula mejor que la que usa don Giussani: todo el problema de la razón y de la inteligencia está contenido en el episodio de Juan y Andrés, porque los dos se vieron aferrados, tan aferrados que, desde entonces, aunque se equivocaran mil veces, no dejaron de ser Suyos. Este «Suyos» sólo podía permanecer porque ellos, en medio de todo, aferraron algo para siempre.

Mientras hablabas en la Jornada de apertura, me impresionó mucho algo de lo que nunca me había dado cuenta: nuestra historia utiliza la palabra «presencia» para definir la naturaleza última de la realidad, el acontecimiento de Cristo ahora o nuestra tarea. Utilizamos la misma palabra para decir tres cosas que en el vocabulario del mundo se expresan de tres formas distintas (Cristo, la realidad, el “yo”). Me ha impresionado mucho porque me sugiere que yo necesito Su presencia para darme cuenta de que la realidad es una presencia, y esto hace de mí una presencia.

Repite esto. Repítelo tal como lo has dicho porque es una fórmula clarísima.

Que yo necesito la presencia de Cristo para darme cuenta de que la realidad es una presencia, y esto hace de mí una presencia. En caso contrario, mi tarea, por ejemplo en mi trabajo, es siempre algo político o ideológico. El lunes posterior a la Jornada de apertura de curso entré en una clase que me preocupa mucho este año, y di una clase preciosa. Cuando salí me pregunté: ¿por qué ha sido tan bonita? ¿Qué ha sucedido que sea tan interesante? Sucedió que yo no estaba dominada por la clase que daba, sino por darme cuenta de lo que sucedía en los chavales, y por eso me puse verdaderamente en diálogo con ellos. Y, justamente cuando caes en la cuenta del otro como presencia, te conviertes en presencia, pues en caso contrario no lo eres nunca; puedes ser un cabecilla, puedes adoctrinarlos, pero nunca llegas a ser una presencia así.

Y ese día, ¿qué te hizo reconocer como presencia a aquellos chavales?

Lo que había sucedido el sábado anterior.

Me parece muy interesante este uso de la palabra «presencia» según las tres acepciones. La naturaleza de la realidad: las cosas presentes como presencia; la naturaleza del cristianismo: una Presencia excepcional; y la naturaleza de la tarea: convertirse en una presencia para los demás, en la realidad, en el mundo, en la historia. En cambio, este llegar a ser presencia es muchas veces algo carente de nexos, se percibe en cierto modo como algo dualista, como me escribe una persona: «Mientras hablabas en Assago, más de una vez llegué a conmovirme hasta llorar, no a causa de una inclinación sentimental, que no tengo, ni porque estuviese escuchando una doctrina nueva, sino porque lo que escuchaba era verdadero. En lo que dijiste y en las palabras de don Gius que repetiste me sentí mirada de nuevo como la primera vez, me sentí abrazada, pues esas palabras me decían quién soy y de qué está hecha la realidad, sin olvidar ni reducir nada. Me repetiste que mi deseo de ser no es una utopía, sino aquello que, haciendo interesante el camino recorrido hasta aquí, ha empezado de verdad a hacerse carne. Y luego el cuidado con el que se preparó cada detalle del gesto. No era algo que se añadía a tus palabras, sino un fragmento efímero pero sacramental de esa Presencia. Sentí despuntar dentro de mí un poco de ese atrevimiento ingenuo que me permitió decir como más las palabras del salmo responsorial del domingo: “Fiado en ti, me meto en la refriega, fiado en mi Dios, asalto la muralla”, y que me está haciendo afrontar el trabajo y los problemas diarios como el cauce de la gran exigencia de que todo sea verdadero y, por tanto, salvado. Frente a estas cosas, me ha sorprendido un poco la posición de algunos amigos a los que contaba estas cosas, que me han dicho: “Sí, es verdad, pero nos acabamos olvidando”, o bien: “Sí, pero mira la vida, yo querría comprender cuál es el trabajo que tenemos que hacer”, o también: “Sí, sí, pero luego, ¿cómo nos ponemos en juego en el ambiente?” [¿como algo completamente separado!]. Otras veces ésta ha sido también mi posición, pero ahora me doy cuenta de que esos “peros, sin embargos” destruyen, y son un ejemplo de esa falta de vibración de la que hablaba don Gius, que nos impide detenernos ni siquiera por un momento en lo que has dicho, mirándolo y mirándonos con un instante de simpatía total [no hay ni siquiera un instante de la “pasividad” de la que hemos hablado]. Parece que el trabajo de descubrir la realidad como presencia, en el fondo, es todavía una premisa, que antes o después nos desvelará el misterio para estar presentes en el ambiente [¿es impresionante: como esto nos parece abstracto, tenemos que añadir algo que nos haga estar presentes en el ambiente!], para ayudarnos entre nosotros, para estar contentos de lo que vivimos». ¡Es el dualismo, tal cual! En realidad, ¿qué hace que seamos una presencia? ¿Qué nos permite reconocer las cosas presentes como presencia? Haced la prueba (yo ya la he hecho): al final del verano, ¿qué habéis contado a los amigos cuando les habéis vuelto a ver? ¿Qué ha sido presencia para vosotros durante el verano, hasta el punto de haber sentido la necesidad de contárselo a los demás? Esos aspectos, esos hechos en los que había algo que os había llenado de asombro. Y, ¿por qué os había asombrado? Porque allí había algo que desbordaba (que no se podía reducir a las cosas habituales), y esta imponentia nos hacía fácil reconocer las cosas presentes como presencia. Esto es lo que hemos contado. Las cosas se han vuelto tan presentes para nosotros porque estaban llenas del Misterio que nos asombraba. La realidad es interesante, la realidad nos ha interesado este verano por

esa disponibilidad a percibir el Misterio presente en esas cosas. Y sabemos bien cómo cambia la vida cuando sucede esto. A través de todo ello somos educados para reconocer cada vez más cada cosa presente, desde las hojas a todo lo demás, porque la presencia excepcional de Cristo en estos hechos, en lo que sucede, hace que estén tan presentes ante nosotros que nos hacen salir de la distracción en la que caemos constantemente. Ésta es la forma con la que el Misterio nos educa para que reconozcamos todo como presencia, como signo. Sólo cuando empezamos a vivir la realidad de este modo llegamos a ser una presencia. Llegar a ser una presencia no es algo añadido a la forma de relacionarnos con la realidad: ¡es justamente la forma de relacionarnos con la realidad! En ese punto verificamos si somos de verdad una presencia, porque esto es lo que marca la diferencia. Si esto no es así, vivimos en la realidad hartos como todos, ahogados como todos, y luego hacemos algunos gestos para decir que estamos presentes (que es una forma ridícula de concebir la presencia). Por eso, muchas veces, incluso el gesto más grande que hacemos –y cuando hace falta hacerlo se hace– no tiene la autoridad necesaria. Porque, si no nos ven presentes en la realidad, en lo cotidiano, ¿qué interés tiene ese gran gesto? El gesto grande que proponemos a todos se convierte en autoridad si se suscita una curiosidad con respecto a nuestra forma de vivir lo cotidiano, es decir, si nos hemos convertido en una presencia. Si no superamos este dualismo, las tres acepciones de «presencia» no coinciden jamás, y el cristianismo se convierte en una abstracción, entonces nos vemos obligados a «hacer algo» para que se vuelva concreto. ¡Pero don Giussani nos ha dicho que el cristianismo es la modalidad subversiva y sorprendente de vivir las cosas habituales! Nosotros llegamos a ser una presencia cuando vivimos las cosas habituales de forma distinta, y éste es el factor constitutivo de una verdadera presencia. Una presencia no es más grande porque sea más numerosa o más espectacular. Hay muchas cosas enormes, espectaculares, que no son significativas, que no son presencia; porque la verdadera presencia no radica en la espectacularidad o en el número de personas implicadas, ¡sino en el hecho de ser diferente! Esta diferencia nace únicamente de este modo de aprender la relación verdadera con la realidad. Sin esto, no hay nada que hacer.

Quería contar un episodio que me ha sucedido este verano. Me marché de vacaciones a la playa un poco impaciente, sobre todo conmigo misma. Estaba allí también una madre de la guardería de mi hijo, absolutamente desconocida, y yo trataba de evitarla porque, si no podía soportarme a mí misma, imagínate a los demás. Un día me topé con ella por casualidad. Me contó que su marido no estaba bien, y yo me sorprendí de mi libertad al aconsejarla (una libertad que me hacía decir: «No soy yo»). Y me di cuenta de que Cristo sucedía en mí. A partir de ahí empecé a mirar todo con una gratitud increíble: mi marido, mis hijos, el mar. Lo más asombroso es que también miraba así al volver a la normalidad, es decir, con el corazón conmovido, y el instante estaba lleno de Su presencia.

Gracias.

Se ha organizado en la Universidad Católica de Milán la exposición del Meeting sobre los ciento cincuenta años de la Unidad de Italia. El viernes, los guías “antiguos” se la explicábamos a los nuevos guías. Al final, uno de los nuevos nos preguntó: «Entonces, ¿la tesis de la exposición es que en las distintas épocas históricas un hombre movido por el deseo ha creado esta Italia?». Y yo le decía: «Sí, aunque se trata de un deseo que es concreto, un deseo de ganar dinero, un deseo de incidir en el debate político, un deseo de educar, de sobrevivir». Sin embargo, nos dimos cuenta enseguida de que no bastaba... Una amiga de las guías del Meeting decía: «Hay que estar atentos, porque la tesis de Giussani que ponemos en el último panel es muy precisa, dice que las fuerzas que cambian el mundo son las mismas que cambian el corazón del hombre, pero la fuerza que cambia el mundo es un hombre que ha puesto su morada entre nosotros, Cristo». Y nos dimos cuenta de que esta conciencia abría de nuevo la aventura de la exposición: no porque fuese una frase añadida, sino porque exigía detallarla en cada aspecto particular. Y ahí –como tú decías– llegas a un punto que vence el miedo, y entonces se lo cuentas al mundo entero, y lo dices con una conciencia y una dignidad de la que te das cuenta. Entonces, releer esa frase es reconvertirme a lo que está sucediendo, y todo es nuevo, todo es dado: lo primero que se me da es mi corazón, encendido de nuevo por lo que está sucediendo. Esto te hace ser presencia.

Y a ti –no debemos perder ni un ápice–, ¿qué te ha permitido hacer este recorrido?

Volver a explicar la exposición a los guías nuevos.

¿Y?

Y nos dimos cuenta de que la tesis de Giussani tenía nombre y apellido.

Pero tú, ¿cómo has llegado ahí? Por un chico que te hace una pregunta. Si la hubieses dejado pasar –«Bah, ¿qué importancia tiene esta pregunta? He explicado todo el verano la exposición, ¿qué tiene éste que decir ahora?»–, no habrías hecho la experiencia de la que hablas. Te has dejado provocar tal vez por el último que ha llegado. Haber aceptado este dato de la realidad te ha permitido hacer este recorrido: «Pero, ¿es suficiente con el deseo?». Y entonces has vuelto a leer el último panel, que dice que el deseo no basta, que un Hombre ha puesto Su tienda entre nosotros. Lo has explicado durante una semana entera, pero no te habías dado cuenta de ello. ¿Veis qué significa que las cosas presentes se conviertan en presencia? Cualquier circunstancia puede ser, como en este caso, la ocasión preciosa para comprender todo de nuevo. Se trata de una novedad que, ahora, puede hacer que resulte más interesante aún explicar la exposición, ¿no? Si no fuera así, sería una simple repetición de lo que ya habías hecho. En cambio, si estamos disponibles para no dejar pasar el dato que sucede, el imprevisto que sucede, esa modalidad con la que la realidad me desafía, empezamos a vivir una aventura apasionante, cada vez más apasionante, porque todo se vuelve nuevo. ¿Por qué? Porque no hemos dejado pasar ni siquiera una hoja presente. ¡Imaginad lo que puede llegar a ser la vida así! En lugar de lamentarnos, reconoceremos las circunstancias no como un obstáculo, sino como un recurso que nos permite volver a comprender todo hasta el fondo. ¿Nos conviene o no? Cada uno debe decidir.

Después de la Jornada de apertura de curso me he dado cuenta de que desde hace algún tiempo vivía acostumbrada incluso a mí misma, y yo era sólo la reacción o el sentimiento de mí misma en cada momento. Por ejemplo, cuando estudiaba –estoy haciendo la tesis–, lo que me pasaba es que si conseguía escribir cinco líneas, estaba contenta; pero si no conseguía escribir nada, entonces todo me fastidiaba. También en las relaciones: si conseguía tratar a mis amigos de un cierto modo, entonces estaba a gusto y contenta; si no, me escandalizaba enseguida de mí misma y me convertía en la suma de los distintos estados de ánimo. Junto a esto, brotaba siempre esa nostalgia profunda que no me dejaba y no me deja tranquila nunca. Entonces, cuando estaba inquieta, yo misma me convertía en mi inquietud. Pero esta semana me he dado cuenta de algo impresionante que me ha permitido respirar y estar contenta en todo lo que vivo. He empezado a tomarme en serio el trabajo que nos has propuesto, es decir, utilizar la razón de forma verdadera, no quedándome en la pura reacción que tenía de mí misma ante las cosas, sino yendo hasta el fondo de mi rostro, de quién soy. Ante todo, he empezado a asombrarme del hecho de que cuando me levanto no me doy el ser a mí misma, como tampoco me doy el deseo de ser feliz, como no decido yo volver a tener esa nostalgia, y todo esto me dice que soy relación constante con Aquél que me hace. Ni siquiera me doy yo el deseo y la inquietud, me son dados. Y me veo así diciendo junto al Papa: «Él es más íntimo a mí que yo mismo». He empezado a mirarme a mí misma no como la suma de todo lo que experimentaba, sino como la presencia de mi deseo presente. Mi nombre está ligado a un “Tú” que me prefiere constantemente, ya esté “atravesada” o esté bien ante las cosas. Y, como has dicho tú, la vida comienza a tener un punto de apoyo sólido, no sentimental o fluctuante, que no depende de los estados de ánimo, sino que está seguro por ese vínculo de la razón con la realidad hasta su origen. Empiezo a asombrarme de mí misma y a no estar a merced de mis estados de ánimo, de mis éxitos o de mis fracasos; es más, empiezo a mirar con simpatía incluso mi tristeza, más allá de la circunstancia favorable o desfavorable. Y esto da razón también de lo que sucedió ayer en la universidad, en donde pusimos una mesa para recoger fondos para AVSI. Fue impresionante, porque era libre del resultado ante las personas con las que me encontraba y ante mis amigos, porque sabía quién era yo, y al mirarles les podía hacer partícipes de la misma preferencia que me hace ser.

Gracias. Éste es un ejemplo de la pregunta que se ha planteado antes: ¿cómo podemos reconocer si hacemos un uso no reducido de la razón o si se trata tan solo de un impacto sentimental? Porque se ve perfectamente qué quiere decir atravesar la fluctuación de los estados de ánimo para llegar a ese fundamento más «íntimo» que todas las fluctuaciones. Y para darme cuenta de que yo soy más que todos mis estados sentimentales no basta el sentimiento, hace falta un uso verdadero de la razón. Es como uno que entra en una zona pantanosa, para encontrar un apoyo seguro debe cavar hasta encontrar la roca. O cuando uno va en avión y hay turbulencias: mantener la ruta es la única posibilidad para atravesar las turbulencias. Nosotros, por todos los estados de ánimo que nos asaltan continuamente, no podemos evitar vivir con turbulencias. Cada cosa produce alguna turbulencia. La cuestión es si nos quedamos en las turbulencias o

en la zonas pantanosas o si, por el contrario, las atravesamos. Este “atravesar” es precisamente hacer un uso ampliado de la razón. Y yo me doy cuenta de que lo estoy haciendo porque alcanzo algo que está más allá de las fluctuaciones del estado de ánimo. ¿En qué se percibe? En que adquiero una conciencia de mí mismo como relación con el “Tú”, y esto me aporta una plenitud que me hace ser libre del resultado de las cosas. ¡Qué conciencia! Me acuerdo muchas veces de la afirmación que hace Jesús cuando los discípulos vuelven “lentos” de la misión que les había encomendado: «Pero, ¿no os dais cuenta de que esto no os basta, aunque hayáis hecho milagros y expulsado demonios? No os alegréis sólo por esto, no dependáis de esto, alegraos sobre todo porque vuestros nombres están escritos en el Cielo, es decir, porque habéis sido elegidos». Es como si Jesús les condujera a una profundidad en la relación con la realidad de sí mismos que ellos no habrían podido alcanzar con todo su éxito pastoral o misionero. Sin esta profundidad, dependemos de todo, porque no encontramos y no alcanzamos un punto que permanezca en medio de la fluctuación; y esto nos hace estar inseguros, a merced de cualquier cosa. ¿Qué me confirma que hay algo más profundo que todos los estados de ánimo? Que yo, en cualquier momento, puedo decir que esta nostalgia profunda, este deseo que veo en mí, este abismo de plenitud que me constituye, todo esto no me lo puedo dar a mí mismo, no me lo doy. En la mentalidad positivista en la que estamos inmersos, cuanto más percibe uno este anhelo, esta urgencia, tanto más lo considera el signo más evidente de que no existe una respuesta. Pero si miramos las cosas a la cara, no podemos decir que este deseo, esta nostalgia, este anhelo nos lo demos a nosotros mismos. Es exactamente lo contrario: reconocer este deseo es el signo más evidente de Su presencia, porque debe existir Alguien que te lo despierta con potencia. Entonces, lo que para nosotros constituye la objeción fundamental, es en cambio la confirmación más decisiva. Es al contrario, ¡no entendemos nada! ¿Por qué? Porque para nosotros estas cosas presentes no son presencia, damos por descontado que existen. ¡No hay que darlo por descontado! El culmen de este deseo ilimitado testimonia Su presencia. Esto nos hace estar presentes en el mundo, en la realidad, en el trabajo, con los compañeros, con la mujer, con los hijos; nos convertimos en una presencia distinta. «Pero, ¿por qué eres así?», es la pregunta que se desencadena, no porque hagas un gesto de no sé qué dimensiones, sino porque eres una presencia. Y esto, ¿incide en la historia o no? ¿Se mueve algo en lo íntimo de las personas que están a nuestro alrededor, sí o no? Porque éste es el mayor desafío para un ser humano: ver que lo que desea está presente, es alcanzable. Esto es lo que despertó en Juan y Andrés el deseo de seguir a Jesús. El cristianismo no se comunica de otro modo. Sólo si aceptamos hacer este camino podremos ver lo que sucede en nosotros en primer lugar, y llenarnos por ello de una gratitud y una ternura hacia nosotros mismos, de una conmoción por la preferencia de Cristo que nos permite vivir así, hasta el punto de que podemos dar testimonio de él a través de nuestro rostro, que es distinto. Esto hace que estemos verdaderamente presentes en la realidad con un rostro distinto. Yo creo que este camino nos conviene; pero, como hemos visto, sólo se revela a aquéllos que aceptan la verificación de la propuesta del carisma.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 26 de octubre a las 21.30. Retomaremos de nuevo el capítulo décimo de *El sentido religioso* y el texto de la Jornada de apertura de curso sobre el que hemos empezado a trabajar.

Recuerdo que está disponible una dirección de correo a la que podéis enviar preguntas e intervenciones breves sobre la parte de la Escuela de comunidad correspondiente. Os pido que lo uséis exclusivamente para la Escuela de comunidad. La dirección es: sdccarron@comunioneliberazione.org

En vista del alcance de las intervenciones de Benedicto XVI en Alemania, hemos impreso un cuadernillo con algunos fragmentos de sus discursos, porque nos testimonian que el Papa es una presencia. Él nos muestra qué quiere decir estar presentes, porque uno puede llegar al Parlamento alemán y pasar inadvertido, o puede llegar al Parlamento alemán y asombrar a todos. Pero, ¿por qué les ha asombrado? ¿Porque es el Papa o por lo que ha dicho? Es decir, por esa diferencia, por ese modo de usar la razón completamente distinto, de no reducir la realidad a positivismo, hasta el punto de ver algo que estaba delante de todos y que no veíamos, como el fenómeno de la ecología, para decir algo sobre cómo reducimos muchas veces la realidad a algo que no es verdadero. El Papa ha aprovechado esta ocasión, el movimiento ecologista, para decir: “¿Veis cómo existe una forma reducida de mirar la realidad que tiene algo de equivocado, y ahora todos lo reconocemos?”. Por eso dice, con una frase que debemos aprender de memoria, que debemos grabarnos: «La razón y la naturaleza, en su mutua relación». ¡Impresionante! Razón y naturaleza en su mutua relación. Porque sólo cuando la razón está ante la naturaleza en correlación, nosotros podemos no reducir la razón y no reducir la naturaleza. Ésta es la gran batalla que el Papa está combatiendo. ¿Os suena? ¿Seguimos su estela? Es lo mismo que hizo don Giussani al comienzo, desde su primera hora de clase, ¿entendéis? ¿Estamos a una con él? Cuando el Papa dice: «La razón abierta al lenguaje del ser», al ser, ¿tratamos de comprender lo que dice o no? Porque no es que tengamos una fijación especial con la razón o con la realidad (entonces sería más interesante dedicarnos a otra cosa), sino que estamos de acuerdo con lo que él ve como la urgencia más grande, porque es el único que lleva adelante esta batalla para ampliar la razón, porque si la razón no se abre, Cristo será siempre un pegote, algo añadido a un uso reducido de la razón o a una realidad perfectamente constituida. Por eso creo que nos conviene leer al Papa para comprender el alcance del camino que estamos haciendo. Porque algunos no llegan a unir ambas cosas.

Señalo en particular el discurso a los protestantes y el pronunciado en el Parlamento alemán, por distintos motivos. El del Parlamento alemán por lo que ya he explicado, y el otro (a los protestantes) por la forma con la que ha mirado, con la que ha estado delante de los protestantes, porque algunos habrían podido pensar: «Se encuentra con los protestantes, debería echarles en cara todos los errores que han cometido, desde Lutero en adelante». Leed lo que dice, porque ha supuesto un cambio de rumbo en la forma de concebir el ecumenismo. ¿Podemos aprender algo de la forma que tiene el Papa de estar ante la realidad, incluso delante de aquéllos que no están en total sintonía

con él? Sí, afirmando como ha hecho él lo que tenemos en común y no solamente las diferencias. ¿Podemos decir que estamos presentes porque somos duros al insistir en lo que falta? Me parece que todavía tenemos muchas cosas que aprender.

Os invito a difundir este cuadernillo para ofrecer un juicio y una esperanza que ayude a estar ante la realidad dramática que estamos viviendo, porque es la mayor urgencia que tenemos.

Ávido

Libro del mes para octubre/noviembre: *El fin del romance* (también conocido como *El final de la aventura*), de Graham Greene (Edhasa, 2000). En *El sentido religioso* (capítulo «Educación para la libertad») don Giussani cita un episodio de esta novela para ayudarnos a comprender que delante de la realidad es más humano partir con una hipótesis positiva. Dice: «Lo más terrible es situarse ante la realidad con una hipótesis, no digo ya negativa, sino simplemente suspendida; uno, así, no se mueve». Pero la hipótesis positiva es una opción, una elección en la que debemos educarnos.

A final de mes estará disponible también en formato *e-book* Mondadori (edición italiana).

Veni Sancte Spiritus